

Lágrimas de hospital

Se abrió la puerta del consultorio y dos mujeres salieron a la sala de espera. La mujer de pelo corto, Diene, lloraba desconsoladamente sobre el hombro de la otra que, con cara ausente, intentaba reconfortarla inútilmente acariciando su brazo y repitiendo una y otra vez que todo saldría bien. Era mentira. Y las dos lo sabían.

La mujer que no lloraba, ayudó a sentar a Diene en uno de los asientos de la sala de espera, pues creía que sería mejor que se calmara antes de salir. Entre sollozos decía los nombres de sus hijos, como un rezo o un poema del que no se quisiera olvidar.

En la misma sala de espera había un niño muy delgado a cargo de un señor mayor. El niño no había quitado los ojos de encima a Diene desde que esta saliera de la consulta y, aprovechando que el señor necesitaba volver al baño otra vez, se acercó despacio y se detuvo justo frente a ella. La observó con curiosidad, pero con respeto. Diene reparó en su presencia instantes después, y fue entonces cuando el niño habló.

-¿A ti también te van a quitar el pelo?- preguntó muy serio. A lo que Diene asintió sin hablar.- No llores. No estés triste porque te quiten el pelo. A mí también me lo van a quitar, así que no estarás sola. Además, seguro que estás igual de guapa sin él.

La mujer lo miró con los ojos inundados en lágrimas y, finalmente, dejó de llorar y lo abrazó.